

á sus oraciones é intercesion, ó han visitado su santo sepulcro. Unas veces han visto consolidados sus miembros los que estaban mancos, cojos ó tullidos; otras han recuperado su salud enfermos desahuciados; otras han adquirido vista, oído y habla, los ciegos, los sordos y los mudos: otras, en fin, se han rescatado de la tiranía del demonio muchos miserables que estaban poseidos de este cruel enemigo, hasta el punto de despedazarse á sí mismos, y tener que atarlos para que no se quitasen la vida. Pero entre todos los que han disfrutado su poderoso patrocinio, se ha señalado el mismo pueblo de la Calzada. Es digno de perpetua memoria el prodigio con que fué librada esta ciudad de un horroroso esterminio con que la amenazaba el rey D. Pedro, llamado el Cruel, teniéndola asediada y sin mas arbitrio para su defensa que la proteccion de su santo fundador. Habia seguido en la division civil que acació sobre el reinado de los dos hermanos D. Pedro y D. Enrique, la faccion de este último. Por tanto vino sobre ella D. Pedro, la cercó y estrechó hasta el último apuro, con designio de hacer en sus habitantes un escarmiento que confirmase el renombre de Cruel, que con otras devastaciones semejantes se habia ganado. Ya veian los acongojados vecinos difundirse el fuego por todas sus habitaciones, devorar la ciudad entera, y amenazar el desapiadado cuchillo á todas sus gargantas. En tamaño conflicto recurrieron con lágrimas y fervorosas oraciones á Sto. Domingo. Hicieron vigiliás á su sepulcro: le visitaron con solemnes procesiones, vestidos de penitentes, é instaron con tanto ardor, que llegó á enter necerse el cielo de su desgracia, y á darlos socorro por medio de su protector. Cuando la mayor parte del pueblo afligido estaba derramando súplicas y gemidos al rededor del santo sepulcro, he aquí que todos oyeron una voz milagrosa que los dejó suspensos. Inmediatamente aparecieron y dejaron verse por una ventanilla que tenia el sepulcro dos manos blancas como la nieve, en lo que entendieron que el brazo omnipotente del Todopoderoso se declaraba en su defensa. Permanecieron algun tanto las manos visibles, y volvieron á esconderse dentro del sepulcro dejándolos á todos llenos de turbacion, de consuelo y de esperanza. En el ínterin el rey D. Pedro se aceleraba á ejecutar la venganza que tenia sentenciada; pero ¡ó prodigio! al llegar con su ejército á una montañuela que domina la ciudad, todo él se halló cercado de una espesa y negra nube que le dejó en tinieblas. El mismo rey y todos sus soldados se hallaron de pronto con tanta agua en los ojos que los dejó como ciegos, de manera que no podian moverse del sitio en que se hallaban

sin darse unos contra otros. Volvieron en sí conociendo el milagro; pidieron perdon á Dios y á Sto. Domingo: mandó el rey dejar libre la ciudad, y que marchase el ejército hácia otra parte, y luego recobraron la luz y la vista que antes habian perdido.

Otros muchísimos milagros se refieren de este glorioso Santo, que seria muy largo referirlos: todos manifiestan su gran santidad, el afecto con que desde el cielo mira á sus devotos, y la gloria que recibe Dios de que le pidan mercedes por medio de este siervo suyo.

#### LOS SANTOS NEREO Y AQUILEO, Y SANTA DOMITILA, MÁRTIRES.

Es muy célebre en la Iglesia desde el segundo siglo la memoria de los santos mártires Nereo y Aquileo; siendo su culto de los mas antiguos que se solemnizan en ella. Eran dos hermanos, que habiendo entrado en servicio de la princesa Domitila, sobrina del emperador Domiciano, siendo aun muy niños, tuvieron la dicha de ser instruidos en la fe, y bautizados por el mismo apóstol S. Pedro, juntamente con toda aquella ilustre y santa familia, que derramó con el tiempo su sangre por Jesucristo.

Distingúanse tanto entre todos los criados de la princesa Nereo y Aquileo por sus costumbres y por su buen ejemplo, que esto mismo les mereció la particular estimacion de su ama, quien los hizo gentiles-hombres de su cámara, y les dió su confianza.

Refieren las actas mas antiguas de los dos Santos, que viendo un dia el cuidadoso desvelo con que la princesa se estaba visitando y adornando para recibir la visita del conde Aureliano, con quien estaba desposada, lo sintieron vivamente; y animados del zelo que tenian por la salvacion de su alma, la representaron con cristiana libertad, pero con el mayor respeto, cuan indigno era aquel prolijo cuidado de agradar á un hombre mortal, de una alma que ellos habian creído siempre destinada para ser esposa de Jesucristo, y para aumentar el augusto escuadron de las santas virgenes. Esta reverente representacion, efecto puro de un zelo prudente y desinteresado, hizo impresion en el corazón de la princesa; y advirtiéndolo los dos hermanos, aprovecharon la ocasion y prosiguieron representándola con igual respeto que su religion y su virtud la prometian mayor fortuna; y trayendo á la memoria la boda que la proponian,

la hablaron con tanta energía de la vanidad de todas las honras y bienes de este mundo; de cuan vacíos son todos los gustos, entretenimientos y placeres; de la brevedad de los días de la vida, y singularmente de los trabajos, amarguras y esclavitud del estado del matrimonio; y le hicieron una pintura tan eficaz y tan viva del valor y mérito de la virginidad, y de todas las ventajas que trae consigo esta amabilísima virtud, que Domitila protestó no tendría jamás otro esposo que á Jesucristo, á quien desde aquel punto únicamente quería y pretendia agradar; y volviéndose á los dos hermanos, les dijo: *Pues Dios se ha valido de vosotros para inspirarme el deseo de ser esposa suya, tratad de conseguir que logre cuanto antes la honra de traer la divisa que se acostumbra, y de obligarme solemnemente á no reconocer jamás otro esposo que á él.* Hablaba la Santa de la bendicion que recibian en aquel tiempo las virgenes, y del velo que traian en la cabeza en señal de celibato.

Muy gozosos Nereo y Aquileo, y no menos consolados al ver la bendicion que habia echado el Señor á su zelo, corrieron al papa S. Clemente, sucesor inmediato de S. Pedro, y le dieron cuenta de la resolucion en que estaba la princesa Domitila de no perder jamás el precioso tesoro de la virginidad. Dió gracias el santo pontífice al Señor, y pasando luego al palacio de la princesa, á quien halló mas determinada que nunca de no admitir otro esposo que á Jesucristo, la dijo: *¿Has pensado bien, hija mia, el fuerte combate que te espera? ¿y tendrás valor para prometerte victoria? Tu amante irritado del que reputa desaire, infaliblemente te acusará al emperador de que eres cristiana; y entonces, ¡ó buen Dios, á qué tentaciones tan furiosas no se verá espuesta tu fe y tu constancia! ¿Ni como podremos tú y yo evitar entonces el martirio? ¿Y qué mayor dicha nos podrá suceder?* Respondió la Santa: *Yo fio poco de mis fuerzas; pero todo lo espero y todo lo confio de la poderosa gracia de mi Esposo celestial; y la persecucion no hará mas que adelantar nuestra felicidad y nuestra gloria.* Enternecido S. Clemente al oír tan generosa respuesta, y mucho mas edificado del ardiente deseo que mostraba Domitila de consagrarse al Señor, la dió su bendicion con solemnidad, y la echó el velo sobre la cabeza.

No tardó mucho tiempo en cumplirse lo que habia pronosticado el santo pontífice; porque informado Aureliano del partido que habia abrazado Domitila, entró en una especie de furor; y despues de haber empleado inútilmente promesas y amenazas, hizo asegurar á todos los que sospechó haber tenido parte en la mudanza de la princesa, y á todos los acusó de que eran cristianos,

con resolucion de emplear todo su crédito para que todos fuesen condenados al último suplicio.

Los primeros de quienes se echó mano fueron Nereo y Aquileo, confidentes de Domitila; persuadido el conde á que ganados estos, presto rendiría á la princesa. Valióse de cuantos medios pudo para derribar su religion: de halagos lisonjeros, de esperanzas, de promesas tentadoras y de sollicitaciones; pero nada fué bastante á trastornar ni aun mover ligeramente la fe de los siervos de Dios; cuya constancia irritó tanto la cólera de Aureliano, que consiguió fuesen al punto despojados de sus vestidos, y azotados con toda la crueldad imaginable; pero la alegría que mostraron los Santos en este tormento, le hizo perder toda esperanza de pervertirlos, y así fueron declarados por cristianos, y consiguientemente por enemigos del emperador y del estado. Temiendo que su firmeza aumentase la de Domitila sirviéndola de ejemplo, fueron enviados á Terracina para que el consúl Minucio Rufo les hiciese la causa.

Esta se sustanció presto. Mandóles que renunciasen la fe de Jesucristo, y que en el mismo punto ofreciesen incienso á los ídolos. Respondieron con una intrepidez que asombró al mismo tirano: que habiendo sido bautizados por el apóstol S. Pedro, y habiendo sido alumbrados con las luces de la fe, no reconocian otro Dios que el Dios de los cristianos; llorando la desgracia y la ceguedad de los gentiles, que se forjaban casi tantos dioses como hombres, siendo lo mas deplorable que en sus falsas divinidades no adoraban mas que sus verdaderas pasiones.

Enfurecióse el tirano al oír una respuesta tan breve como determinada, y mandó que al punto fuesen puestos en el potro. Era este una especie de tormento en que á las cuerdas que suspendian en el aire los cuerpos de los mártires, se las apretaba á torno hasta lograr que tuviesen toda la tirantez posible, y despues de haberles despedazado los costados, mandó que se aplicasen á ellos hachas encendidas. Los agudísimos dolores que sentian solo sirvieron para encenderlos mas y mas en el amor de Dios, saliendo al semblante el gozo que ocupaba el corazon; tanto, que temiendo el tirano que esta maravilla hiciese impresion en el ánimo de los paganos, les hizo cortar la cabeza el día 12 de mayo del año de 98; y sus cuerpos fueron ocultamente recogidos por su discípulo Auspicio, y enterrados en la via Ardeatina á media legua de Roma, donde con el tiempo se edificó una iglesia para eterno monumento del triunfo de estos gloriosos mártires.

No se alteró por su muerte la fe de la ilustre vírgen Domitila; pero atendiendo el emperador á su nacimiento, á su nombre, á su hermosura y á su mérito, no se resolvió á quitarla la vida, y se contentó con desterrarla á la isla de Poncia, cerca de Terracina, de donde Aureliano consiguió que se la levantase luego el destierro, y que se la llamase á la misma ciudad, no desconfiando todavía poderla reducir á su voluntad; para cuyo fin tuvo modo de introducir en su casa dos jóvenes doncellas, hermanas de leche de la misma Domitila, que se llamaban Eufrosina y Teodora, cuerdas y honestas á la verdad, pero imbuidas en las máximas y espíritu del mundo, con grandes deseos de hacer fortuna en él. Prometiéronlas que á una y otra las colocarían ventajosamente como pudiesen vencer á la princesa á que se casase con el conde; esperanza que las empeñó en practicar á este fin cuantos medios pudo inventar el artificio y el ingenio. Unas veces la preguntaban si podrían ellas abrazar su religion, y si para salvarse en la religion cristiana era necesario ser vírgen; otras si era licito el matrimonio, y en suposicion de serlo, qué motivo podia tener para negarse á un estado que no la estorbaba ser cristiana, y antes la abría camino para hacer algun dia cristianos á su marido, á sus hijos y criados.

Descubrió facilmente Domitila el espíritu que las movía á hablar de aquella manera; y habiendo respondido á sus preguntas en tono que no admitía réplica, ella tambien quiso hacer las suyas. Preguntólas, pues, si estando las dos prometidas y tratadas de casar con dos señores ricos, oirían sin indignacion que tuviesen alientos para pretenderlas despues dos viles esclavos? No por cierto, respondieron ellas; á menos de haber perdido el seso y el entendimiento, no se podría llevar en paciencia semejante proposicion. ¿Pues por qué os admirais, replicó la Santa, de lo que yo hago? ¿por qué calificais de menos prudente mi conducta? Habiendo consagrado mi virginidad á Dios, estoy desposada con su único hijo Jesucristo; este vínculo ha de durar por toda la eternidad; las conveniencias que trae consigo son infinitas. ¿Qué os parece? Hallándome ya honrada con este ilustre título, ¿deberé preferir á la mano del único Hijo de Dios vivo, la de un hombre mortal? ¿podré oír sin disgusto que me hablen de otro matrimonio? Dijo esto con tanta gracia y con tanta viveza, que movidas y aun convencidas con sus razones Eufrosina y Teodora, se mostraron como dudosas, pero no rindiéndose aun á los impulsos interiores de la gracia. Si lo que dices es verdad, la replicó Teodora, haz que tu divino Esposo restituya la vista á un hermano ciego que yo tengo. Tu her-

mano, respondió la Santa, está ausente, y se dilatara mucho el milagro; ahí tienes una muchacha muda que te sirve; hazla venir, y se manifestará mas presto en ella el poder de Jesucristo, para que tambien quedes tú mas presto convencida. Vino la muda, hizo oracion por ella Domitila, desatósele la lengua, y las primeras palabras en que prorumpió fueron publicar que no habia otro Dios que el Dios de los cristianos. A vista de esta maravilla las dos hermanas se arrojaron á los pies de la princesa, declararon que eran cristianas, y que no querian otro esposo que á Jesucristo.

Llegando á noticia de Aureliano lo que habia sucedido, resolvió desatar la rienda á los efectos de su resentimiento sin aguardar ya mas medidas; y habiendo ganado fácilmente la voluntad del cónsul, hombre cruel y enemigo mortal de los cristianos, hizo poner fuego á la casa donde estaba Domitila con sus dos neófitas; y todas tres fueron inmoladas, puras victimas del Dios vivo, consumando de esta manera su glorioso martirio. Al dia siguiente acudió el diácono Cesareo para recoger aquellas preciosas cenizas; pero se quedó admirado cuando las encontró á todas postradas, el semblante contra la tierra, como si estuvieran en oracion, sin que el fuego que consumió su sacrificio hubiese tocado ni á uno de sus cabellos; tomó los santos cuerpos, y los enterró en un lugar donde con el tiempo se edificó una iglesia.

#### SAN PANCRACIO, MÁRTIR.

CON los santos Nereo, Aquileo y Domitila, junta la Iglesia este mismo dia á S. Pancracio mártir, niño de catorce años. Fué originario de Synada, ciudad de Frigia, y perdió á su madre pocos dias despues de haber nacido, á la cual tampoco sobrevivió su padre mucho tiempo. Este antes de morir dejó encomendado el niño Pancracio á un hermano suyo, llamado Dionisio, que fué tutor y padre de su tierno sobrino. Llevóle consigo á Roma, donde pasó á residir, y dispuso la Providencia que tomase casa junto á una donde estaba retirado el papa S. Marcelino durante la persecucion que Diocleciano y Maximiano habian encendido contra los cristianos. Con esta ocasion la tuvieron de tratar al santo pontífice, cuya dulce conversacion, modestia, dulzura y piedad hechizaron tanto á los dos extranjeros, que ambos le pidieron el bautismo. Dionisio murió pocos dias despues de su conversion, y pocos despues de su muerte fué preso por cristiano el niño Pancracio, á la sazón de solos quince años.

Refieren las actas antiguas de su martirio que el emperador Diocleciano, por haber conocido en otro tiempo á su padre, quiso verle, y no perdonó medio alguno para obligarle á volver al paganismo. Primero intentó ganarle con promesas; despues pretendió atemorizarle con amenazas, y finalmente se valió del artificio; pero nada bastó para alterar su constancia. Señor, le dijo el heroico mancebo, *inútilmente te fatigas, si te persuades que me harás perder la fe amenazándome con que he de perder la vida; no saben los cristianos qué cosa es temer la muerte; toda su dicha es derramar su sangre por Jesucristo; los suplicios apresuran su eterna felicidad, y para ellos espirar en los tormentos es conseguir una gloriosa victoria.* Irritado el emperador, no quiso que hablase mas, y mandó que al instante le cortasen la cabeza.

No es menos antiguo el culto de este Santo, que el de los santos Nereo, Aquileo y Domitila, por lo que la santa Iglesia junta la fiesta de todos en un mismo oficio. Pronunciando san Gregorio una homilia delante de su sepulcro, dice estas palabras: *Los santos, en presencia de cuyo sepulcro estamos, trataron al mundo con desprecio, pusieronle á los pies; cuando la paz, la fertilidad, la abundancia, lo florido y vigoroso de la edad parecia hacerlos dignos de que el mundo los amase, ó á lo menos multiplicaba las dificultades para que ellos se desprendiesen de su amor.*

Por haber sido titulo del cardenal Baronio la iglesia antigua de estos Santos, la reedificó, y con autoridad de Clemente VIII restituyó á ella la estacion de los fieles, que se habia perdido con el tiempo.

Honorio I reparó la iglesia de S. Pancracio; Leon X instituyó en ella una de las estaciones de Roma; Inocencio X la volvió el titulo de la iglesia abacial, y finalmente fué cedida á los padres Carmelitas descalzos, que hoy dia la poseen.

#### SAN EPIFANIO, ARZOBISPO DE SALAMINA, CONFESOR.

**N**ACIÓ S. Epifanio por los años de 310 en el territorio de Eleuterópolis, en Palestina. Para calificarse bien á la empresa de los estudios sagrados de la Santa Escritura, aprendió cuando jóven el hebreo, egipcio, siriaco, griego y latin. Sus conferencias repetidas con S. Hilarion y otros santos anacoretas, á quienes visitaba frecuentemente para recibir sus instrucciones, le infundieron una fuerte inclinacion al estado monástico, que en efecto abrazó desde muy mozo. Si es que su primer

ensayo le tuvo en Palestina, como Gervaise, ó Gervasio, se persuade sobre la autoridad de la vida griega de este Santo, atribuida por muchos á Metafrastes, á lo menos es cierto, que él se fué muy pronto á Egipto á perfeccionarse en los ejercicios de aquel estado en los desiertos de aquellos paises. Volvióse á Palestina por los años de 333, y erigió un monasterio cerca del lugar de su nacimiento. Sus trabajos y tareas en los ejercicios de la virtud, dicen algunos, que escedieron á sus fuerzas; pero la apologia que hacia siempre el Santo de estas fatigas era decir, que Dios no daba el reino de los cielos sino con la condicion de que se ganase con trabajo, y que todo cuanto pudiéramos hacer no puede igualar el galardón y la corona. A sus austeridades corporales añadia una aplicacion infatigable á la oracion, y á sus estudios (\*).

Los mas de los libros que se conocian entonces pasaron por sus manos; y adelantó mucho en doctrina con sus viajes repetidos á muchos lugares. Veinte y dos años habia gastado S. Hilarion en el desierto cuando Dios le dió á conocer al mundo por el lustre de sus virtudes, y un extraordinario don de hacer milagros, por los años de 328. S. Epifanio, aunque sabio director de algunos otros, le miraba como maestro suyo en la vida espiritual, y gozó de la dicha de su direccion y amistad intima desde el año de 333 hasta el de 356, en que Tillemont, que es el que al parecer ha puesto mas correcta la crónica de S. Hilarion, pone la salida de este gran Santo de la Palestina. S. Jerónimo en su vida nos da á entender, que jamás se vió una union mas intima entre dos amigos, ni mas constante que la de aquellos santos, cuya correspondencia no fué capaz de interrumpir esta separacion. La iglesia de Salamina fué segun parece determinada á instancias de S. Hilarion, á pedir por obispo suyo á

(\*) Escribió este Santo su *Anchorata*, como quien dice una Ancla, ó Ancla, que fijase la idea y la creencia en la verdadera fe, para que no pudiese ser agitada, ni llevada de cualquiera ráfaga de viento de contraria doctrina, que es siempre el caso de la herejia. En esta obra esplica y prueba compendiosamente los artículos principales de la fe católica. Pero la mayor de este padre apareció al público en el año de 374 con el titulo de *Panarium*, ó depósito de Antídotos contra todas las herejias. Escribe la historia de veinte herejias antes de Cristo, y de ochenta desde la promulgacion del Evangelio. S. Epifanio en sus libros de *Pesos y Medidas* esplica las antiguas costumbres de los judios: que en las *piedras preciosas* se halla un emblema concerniente al ornato racional que llevaban los sumos sacerdotes judaicos, y las cualidades de las doce piedras preciosas que se les ponian.

Epifanio ; y este empleó su pluma despues de la muerte de su amigo en dar á conocer al mundo su virtud. En la terrible persecucion que los arrianos levantaron contra los católicos en el reinado de Constancio, dejó muchas veces S. Epifanio su retiro para animar y fortalecer á estos últimos, y su zelo le obligó á separarse de la comunión de su diocesano Eutiquio, obispo de Eleuterópolis, quien contra su propia opinion, movido de máximas é intereses políticos se confederó con Acacio y otros herejes contra la verdad. Leyendo las obras de Orígenes le chocaron muchos errores que en ellas descubrió, y principió á precaver contra ellos á los fieles.

S. Epifanio dentro de su monasterio era el oráculo de Palestina y todos sus contornos, y jamás iba nadie á pedirle consejo que no recibiese grandes socorros espirituales con sus discursos santos. La reputacion de su virtud le dió á conocer en los países mas remotos, y por los años de 367 fué nombrado obispo de Salamina, llamada entonces Constancia, en Chipre. Pero aun siendo obispo llevaba el hábito monástico, y continuaba en el gobierno de su monasterio en Palestina, visitándole de tiempo en tiempo. A veces relajaba sus austeridades en favor de la hospitalidad, prefiriendo la caridad á la abstinencia. No hubo quien le escudiese en compasion con los pobres, y muchas personas piadosas le hicieron dispensador de sus propias limosnas. Sta. Oлимпas por tener parte en sus bendiciones, le hizo grandes presentes en dinero y en tierras para el mismo intento. La veneracion que se adquirió por su santidad, le hizo exento de la persecucion del arriano Valente en el año de 371; pero fué casi el único obispo católico del imperio en aquella parte, que fué perdonado en esta ocasion. En el de 376 emprendió un viaje á Antioquia, por la conversion de Vital, obispo apolinarista; y en el de 382 acompañó á S. Paulino desde aquella ciudad á Roma, donde se alojaron en la casa de Sta. Paula: nuestro Santo en recompensa la hospedó despues diez dias en Chipre en el año de 383. Incurrió no obstante en algunos yerros nuestro Santo por sumo zelo en ciertas ocasiones, segun observa Sócrates. El nombre solo del error y la sombra del peligro para el mal le atemorizaba de muerte. Predicó en Jerusalem en el año de 394 contra el origenismo en presencia del patriarca Juan, á quien sospechaba inclinado á los origenistas. En Belen persuadió á S. Jerónimo á que se separase de la comunión del patriarca Juan, á menos que no la espiese públicamente. Ordenó tambien de sacerdote por mandato de obediencia á Pauliniano, hermano de S. Jerónimo; pero habiéndose quejado de esto Juan, le llevó

consigo á Chipre, á que sirviese en la iglesia de Salamina. En Constantinopla acusó de origenismo á los *Grandes hermanos* llamados así por sus tallas, habiéndole preocupado contra ellos el clamor público del pueblo y de Teofilo; y aun afeó á S. Crisóstomo el que les dispensase su proteccion; pero una humilde representacion de aquel Santo le abrió los ojos, y se restituyó á Salamina, aunque murió allí apenas llegó de su viaje en el año de 403, habiendo sido obispo treinta y seis. Sus discipulos erigieron en Chipre una iglesia en honor suyo, donde colocaron las pinturas de él y de otros. (*Conc. t. 7, p. 447.*) Sozomeno testifica, que Dios honró su tumba con milagros. (*L. 7, c. 27.*) S. Agustin, S. Efren, S. Damasceno, Focio, y otros, le llaman el Doctor católico, hombre admirable, y lleno del espíritu de Dios.

*La misa es del comun de confesor no pontifice, y la oracion la siguiente:*

Clementísimo Dios, que te dignaste adornar á tu bienaventurado confesor Domingo con virtudes tan escelentes: concédenos que por la intercesion de un justo, cuyo nacimiento para el cielo celebra-

mos en este dia, seamos libres de las cadenas con que nos aprisionan nuestros pecados, y merezcamos gozar de su compañía en los cielos. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

*La Epistola es del capítulo 45 del Eclesiástico.*

El justo es amado de Dios y de los hombres, cuya memoria permanece en bendicion. El Señor lo hizo semejante en la gloria á la de sus santos, lo engrandeció, haciéndole temible á sus enemigos, y amansó á los monstruos con sus palabras. Glorificóle á presencia de los reyes, dióle preceptos á vista de su pueblo, y le manifestó su gloria. Por su fe y mansedumbre le hizo santo, y lo escogió entre toda la carne. Oyó, pues, su voz; lo introdujo en la nube de su gloria; y le dió públicamente sus preceptos, con la ley de vida y disciplina.

#### REFLEXIONES.

*Et dedit illi coram præcepta, et legem vitæ, et disciplinæ.* Dióle públicamente los preceptos y la ley, para que arreglase por ella su vida y sus costumbres. ¿Hablarán estas palabras sola-

mente con Moisés y con los Santos? ¿Dió el Señor á solos estos su ley y sus preceptos para que arreglasen su vida y sus costumbres? Y si este orden habla con todos los cristianos, ¿qué deberemos pensar á vista de una vida tan desarreglada y de unas costumbres tan perdidas en la mayor parte de los fieles?

La ley de Jesucristo, aquella ley tan santa, tan pura, tan perfecta, debe ser la única regla de nuestras operaciones. Cualquiera otro sistema es abusivo: no tenemos, ni debemos tener otros principios de moral: todo camino que no sea este es descamino. ¡O buen Dios, á cuantos desesperará esta verdad al fin de la vida! ¿Son regla de las costumbres, de los grandes del mundo las máximas del Evangelio y la ley de Jesucristo? ¿Es el Evangelio la regla de sus deseos, de sus proyectos, de su ambición, de su profanidad, de su conducta?

El Evangelio es el que debe arreglar todas las condiciones, todos los estados, todas las edades: no se nos ha de juzgar por otras leyes; no se han de consultar otras máximas para formarnos el proceso; no se han de seguir otras doctrinas. Ciertamente que se trastorna el juicio y la razón cuando se considera que esas gentes que solo se apacientan con vanas quimeras de fortuna, con frívolas ideas de grandeza; que dejan á las almas sencillas, y á los que llaman ellos pueblo y vulgo el cuidado de cumplir con las obligaciones de cristiano; gente que no tiene mas ocupación que la ociosidad, y que al parecer solo se avergüenzan del Evangelio; que estas gentes, vuelvo á decir, crean sinceramente las verdades mas terribles de la religión, y todo lo que dejó dicho Jesucristo de la indispensable obligación de vivir segun sus máximas.

Cree que el Evangelio es la única regla de las costumbres; que cualquiera otro sistema es falso; que es vano cualquiera otro razonamiento; que no es posible hallar otro camino para el cielo, ni otra regla en las sendas de la salvación; ¡y cree todo esto aquel jóven disoluto, que hace vanidad de no tener religión; aquella mujer mundana, que no toma gusto en otra cosa sino en las diversiones y en las galas; aquel avariento, cuyo corazón está todo en sus tesoros; aquel hombre de negocios, que no reconoce otra regla para su conducta que la de su ambición; aquella persona entregada enteramente á la sensualidad; aquel presumido de espíritu fuerte que hace chacota de las mas piadosas devociones, de las máximas mas santas del Evangelio! Si por cierto; todos estos creen que el Evangelio es la única regla de la vida y de las costumbres. ¿Quién querrá salir por fiador de su fe? Pero, ¿y querremos nosotros ser comprendidos en la

suerte de una conducta tan poco cristiana? ¡Qué monstruosa contradicción es la que se palpa entre lo que se cree, y lo que se obra! Todos se aman tanto, que ninguno quiere condenarse; ¿pero viven todos tan cristianamente que puedan esperar no ser condenados? Asombro es, que entre los cristianos se hallen algunos que se esfuerzan á no creer aquello mismo que temen; pero aun es mayor asombro que se encuentren en el cristianismo muchos que no temen aquello mismo que creen. ¿Cual es peor, no creer apenas nada de lo que se debe creer, ó no hacer apenas nada de aquello que verdaderamente se cree?

*El Evangelio es del capítulo 19 de S. Mateo.*

En tiempo que Jesucristo enseñaba á sus discípulos la dificultad de conseguir los ricos el reino de los cielos, le dijo Simón Pedro: Mira, Señor, como nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido: ¿qué será, pues, de nosotros? En verdad os digo, les respondió Jesus, que vosotros que me seguís, en la resurrección universal cuando se siente el Hijo del hombre en el trono de su majestad, os sentaréis vosotros sobre doce sillas, á juzgar las doce tribus de Israel; y todo aquel que por mi nombre dejare su casa, hermanos, ó hermanas, padre, ó madre, mujer, hijos ó posesiones, recibirá el premio centuplicado, y poseerá la vida eterna.

MEDITACION.

*De la indispensable necesidad que hay en todos de tener cada año algunos dias de retiro.*

PUNTO PRIMERO. — Considera que no todos pueden abandonar para siempre sus negocios y su casa por vacar en la soledad al negocio importante de la salvación. Este privilegio se reserva únicamente para algunas almas favorecidas: semejante vocación es una gracia muy singular; pero pocas personas hay que no puedan conceder al retiro algunos dias del año; ninguna absolutamente que no deba hurtar por algun tiempo el cuerpo al cuidado de los negocios temporales, para vacar únicamente al importantísimo negocio de su eterna salvación.

Unas fiestas, una boda, el buen tiempo suspenden tal vez por muchos meses los negocios del mayor interés: ¿y para el negocio de mi salvación no podré hallar tres ó cuatro dias libres? Aunque se vea uno en los primeros empleos del ministerio, ya